

HISTORIA DE LAS PERSECUCIONES

SUFRIDAS POR LA IGLESIA CATÓLICA

DESDE SU FUNDACION HASTA LA ÉPOCA ACTUAL;

CONTIENE UN EXÁMEN DETENIDO DE LAS CAUSAS DE CADA UNA DE ELLAS Y DE LOS CARACTÉRES ESPECIALES QUE
PRESENTARON, DE LAS PRINCIPALES LEGISLACIONES QUE CONTRA EL CRISTIANISMO HAN REGIDO
Y RIGEN; LA BIOGRAFÍA DE LOS TIRANOS Y PERSEGUIDORES Y DE LOS MAS ILUSTRES PERSEGUIDOS Y MÁRTIRES,
CON INTERESANTES DESCRIPCIONES DE LOS LUGARES EN QUE SE LIBRARON
LOS RÉCIOS COMBATES DEL ORGULLO HUMANO CONTRA LA VERDAD DIVINA DESDE EL CALVARIO,
EN EL SIGLO PRIMERO, HASTA EL QUIRINAL,
EN EL SIGLO ACTUAL.

OBRA ESCRITA POR

D. Eduardo María Vilarrasa y D. José Ildefonso Gatell

Cura propio de la parroquia de la Concepcion y Asuncion
de Nuestra Señora, en Barcelona.

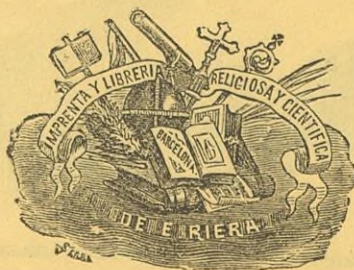
Cura propio de la parroquia de San Juan,
en Gracia (Barcelona).

É ILUSTRADA

CON MAGNÍFICAS LÁMINAS INTERCALADAS EN EL TEXTO.

PRÉVIA CENSURA DIOCESANA.

TOMO PRIMERO.



BARCELONA:
IMPRESA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA
DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,

calle de Robador, núm. 24 y 26.

1876.

Cuaderno 31.

DE LAS PERSSECUIONES

SUFRIDAS POR LA IGLESIA CATOLICA

DESDE SU ESTABLIMIENTO HASTA LA EPOCA ACTUAL

CONTIENE EN EXAMEN DETENIDO DE LAS CAUSAS DE CADA UNA DE ellas Y DE LOS CIRCUNSTANCIAS QUE LAS
PREPARARON, DE LAS PRINCIPALES PERSECUCIONES QUE CONTIENE EN EXAMEN DETENIDO
Y BIEN: LA HISTORIA DE LOS TIEMPOS Y PERSECUCIONES Y DE LOS MAS NOTABLES PERSECUCIONES Y MORTALIDAD
CON INTERESANTE DESCRIPCION DE LOS LUGARES EN QUE SE LIBRARON
LOS HECHOS CONSERVADOS DEL MONUMENTO DE LA VERDAD DIVINA, DESDE EL CALVARIO
DE EL SIGLO PRIMERO, HASTA EL OTORGAR
EL DE SIGLO ACTUAL.

D. Eduardo María Vázquez y D. José Naborio Casell

CON MAGNIFICAS TABLAS INTERCALADAS EN EL TEXTO

TOMO PRIMERO.



BARCELONA:

IMPRESA Y LIBRERIA RELIGIOSA Y CRISTIANA

DEL HERREDO DE D. PABLO RIBERA

1872

Quinto 31

No era hombre que se satisficiera de apariencias. Quiso hacer el análisis de aquellos sistemas, levantar el velo de aquellos misterios, conocer personalmente á aquellos filósofos para convencerse de que su comportamiento estaba conforme con sus doctrinas.

El desencanto no pudo ser mayor. Vió que entre aquellos filósofos reinaba el desacuerdo mas completo; que lo que uno afirmaba lo negaban los otros; y lo que mas le impresionó fue el persuadirse de que la conducta de cada uno de ellos era la negacion de sus enseñanzas. Los misterios de la idolatría revelaban para él mayor corrupcion á medida que los estudiaba en las fuentes que debian creerse mas puras.



LA IGLESIA DURANTE LA PAZ DE ANTONINO.

Lacerada el alma por el desengaño, Taciano huye de la Grecia. Tal vez en Roma, en la gran capital podrá estudiar mejor el politeísmo.

Se dirige á Roma, sin prevencion, pero tambien sin alimentar grandes esperanzas.

El espectáculo que ofrecia la famosa capital puso el colmo á su desespero. La enseñanza de la filosofía encargada á hombres que hacian burla de la moral que predicaban; representándose en la escena pública los mayores escándalos; los juegos sangrientos del circo escitando á aquellas masas á la barbarie; el mas infame de los vicios divinizado en Antinoüs: halló demasiada podredumbre para que Taciano se adhiriese á aquellas instituciones.

Fue á parar en sus manos un libro que le llenó de sorpresa. Su estilo, sus ideas eran del todo diferentes á lo que hasta entonces habia oido y leído. Nada de pretensiones filosóficas;

nada de énfasis; la personalidad del escritor, las formas de la frase desaparecían por completo para no quedar mas que la grandiosidad del asunto. En aquel libro lleno de sencillez, con una ingenuidad encantadora se resolvían todos los grandes problemas; allí aparecía definida la unidad de Dios, el origen del mundo, la caída del género humano, la mediación del Verbo, el destino actual y futuro del hombre, sus relaciones con el mundo de lo sobrenatural, sus deberes para con sus semejantes. Allí todo estaba resuelto sin choque de ideas, sin lucha de opiniones; aquello era la religion y la moral de todos, porque estaba al alcance de todos.

¿Quiénes son los que personifican esta religion y esta moral? Encuentra Taciano en aquella Roma prostituida, cuyas pasiones vergonzosas habian encendido en él el fuego de la indignacion, unos hombres que son allí una anomalía, cuya humildad contrasta con tanto orgullo, cuya virtud es la antítesis de tantos y tan torpes vicios. No se les ve en los teatros á mezclar allí sus aplausos con los de la muchedumbre que se entusiasmaba ante cuadros de una obscenidad repugnante, no comparecen en los circos á contemplar las bárbaras luchas de los gladiadores; solo se presentan en público para morir por la dignidad de su conciencia. Se reunen con el objeto de cantar las divinas alabanzas, para animarse á la práctica de la caridad; muchos de ellos llevan su amor á la castidad hasta la continencia mas perfecta. No es una secta reducida á una casta especial de hombres, sino que bajo el ancho manto del catolicismo, lo mismo cabe el esclavo que el libre, el sábio que el ignorante, el rico que el pobre, el hombre que la mujer.

Aquel ardor del genio puesto en accion por el exámen de esta doctrina, en presencia del Cristianismo despide una llama que ha de ser la luz que alumbre los nuevos destinos de Taciano.— ¡Encontré lo que buscaba!—dice.

Justino, por la elevacion de su doctrina, por sus impugnaciones contra las falsas enseñanzas, por sus dos apologías al Emperador, por sus conferencias públicas contra Crescente y otros filósofos, se habia adquirido una gran celebridad. Taciano se pone bajo su direccion.

Cuando Justino se levantó de la cátedra para caminar á la muerte, Taciano se apresuró á llenar su puesto.

Taciano desde su cátedra vió caer la cabeza de su maestro á los hachazos del verdugo. Léjos de intimidarse, esta medida de brutal despotismo no hizo mas que irritar á Taciano contra las sectas paganas, y en especial contra Crescente, el pérfido delator de Justino.

Espíritu independiente, este sentimiento de indignacion que abrigaba en su pecho, lo proclamaba en alta voz. Se le indicó que moderase su celo. Taciano contestó con una fuerte refutacion de las doctrinas de sus adversarios.

Los apasionados por la filosofía griega se manifestaban sorprendidos de que el brillante retórico hubiese preferido las enseñanzas de unos *bárbaros* á las doctrinas de los filósofos. Taciano se sublevó ante la calificacion de *bárbaros* que se da á los que siguen la doctrina cristiana, y en su *Discurso contra los Griegos* dice:

«Nos llamais bárbaros; ¿pero hay por ventura un arte, una ciencia, una institucion que no la hayais recibido de los bárbaros? Vuestro alfabeto, lo teneis de los fenicios; la geometría, del Egipto; la astronomía, de los caldeos. Es una reina bárbara, Atossa, la que os enseñó á escribir letras; son los cíclopes los que os enseñaron á trabajar el cobre. Fuera, pues, tanta arrogancia; no os deis los aires de inventores, ya que no sois nada mas que imitadores.»

El tono de Taciano es acre; llega hasta el personalismo. Apasionado como es, no trata de disimularlo en sus formas, por mas que tenga que separarse del estilo general de la apologética cristiana, que se distingue por su moderacion.

Hé aquí cómo retrata á un mímico de su época, retrato que algunos han querido suponer se referia á Crescente.

«He visto varias veces un hombre, y al verle me estrañaba, y al estrañarme le despreciaba. Le he visto dándose aire de personaje, con maneras muelles, fijando sus inflamados ojos,

gesticulando, agitándose como un furioso, tras de una máscara de lodo. Ora representaba á Vénus, ora á Apolo. Este hombre era un acusador de todos los dioses y un resumen de todas las supersticiones; un calumniador de héroes, un repertorio de adulterio y de avaricia, un preceptor de licenciosidad, un promotor de homicidios: pues bien: este hombre no recibía mas que elogios. En cuanto á mí, yo le detestaba con todas sus mentiras y toda su impiedad. Hé aquí los hombres que á vosotros os agradan. ¿Y quereis que yo me esté con la boca abierta escuchando vuestros cantos? No, no quiero dejarme escitar por unas pantomimas contra naturaleza (1).»

Cuando arroja toda la amargura de la hiel que guarda en su corazón, á consecuencia de tantos desengaños como ha sufrido, es al tratarse de describir á aquella raza de cínicos que, llenos de soberbia, recorrían las calles de Roma traficando con lo que ellos llamaban su filosofía:

«¿Y qué hacen de grande, de maravilloso, pregunta á los paganos, vuestros filósofos? Andan desnudas las espaldas, con su larga cabellera; cuidan con esmero su barba; dejan crecer sus uñas hasta que llegan á parecer las garras de un irracional. No tienen necesidad de nada; sin embargo, á ejemplo de Proteo, se sirven perfectamente del mejor zurrador para sus alforjas, del mejor tejedor para su manto, del mejor carpintero para su baston, y para satisfacer su apetito se sirven del dinero de los ricos y del arte de los cocineros. ¡Oh tú que te constituyes en émulo del perro, desconoces á Dios y descienes hasta imitar á las bestias; vociferas en la plaza pública como si fueras nada menos que un pobre, y cuando no te dan nada te vengas con injurias! para tí la filosofía no es mas que el arte de hacer dinero (2).»

Como se ve, al atacar á los paganos, domina en él la aspereza en las formas, y en particular sus instintos hácia la sátira mordaz.

Si es rudo en el ataque, es enérgico y contundente en la defensa.

«¿Por qué, pregunta á los paganos, se me ha de odiar como un criminal, solo por no querer adaptarme á los usos de unos cuantos? El Príncipe me manda que pague el tributo; estoy dispuesto á hacerlo. Es necesario respetar al hombre segun su posición; pero no debemos temer mas que á Dios... Si el Príncipe tratara de obligarme á renegar de mi Dios, solo en esto yo dejaría de obedecerle: antes la muerte que hacerme culpable de tal perfidia é ingratitude... No quereis observar nuestras enseñanzas, porque nos tratais de bárbaros; pues entonces, escuchad nuestras predicaciones, como lo haceis con las de los caldeos... Prestad oído á nuestros discursos, vosotros que consultais un roble que formula oráculos... Calificais nuestros misterios de fábulas; pues toleradlos como tales: cuando menos nuestras doctrinas valdrán tanto como las vuestras. No teneis derecho á imputarnos como un crimen el adorar un Dios en figura humana, vosotros que dais á vuestros dioses todas las cualidades y todos los vicios de los hombres... ¿Por qué únicamente nosotros no hemos de poder emitir nuestras opiniones? Al fin, vosotros naceis y morís como nacemos y morimos nosotros; un mismo sol, unos mismos astros se levantan para todos; ¿por qué, pues, habeis de ser vosotros únicamente los depositarios de la sabiduría?... Vosotros preferís las creencias de vuestros poetas y de vuestra filosofía; dejadme á mí la libertad de escoger y de profesar las mías (3).»

Taciano, lo mismo que Justino, no es que proclame la teoría racionalista de la libertad de conciencia, sino que, partiendo de la tolerancia de hecho concedida á todas las religiones, deduce con la misma lógica que los demás apologistas, que no existe razón alguna para que sea solo el Cristianismo el que esté fuera del derecho comun.

Al leer su discurso es menester confesar que Taciano no estaba bien impregnado del espíritu del Cristianismo. Ve solo el dogma cristiano tras el prisma de su genio apasionado, hasta violento; el Dios del Evangelio, tan bueno, tan dulce, tan misericordioso se revela poco

(1) *Disc. contra los griegos*, 22.

(2) *Ibid.*

(3) *Ibid.*

en la producción del apologista. El dogma, la moral, el culto, todo se reviste bajo la pluma de Taciano de las sombras de su carácter. «¿Se trata, como observa Mr. Freppel, de las realidades del mundo invisible? Taciano nunca ve los ángeles buenos que protegen al hombre; no ve sino á los demonios que le asedian (1).»

Taciano, melancólico, llena la imaginación de fantasmas y el pecho de indignación, deja á Roma para buscar un punto de refugio en aquella patria suya que él trató un día con tan soberano desden.

Al pasar por la Cilicia, por la Pisidia, aun era creyente. Buscó un asilo en Dafne, cerca de Antioquía. Allí, dejándose llevar de su genio, se irrita contra ciertos defectos que nota en las filas mismas de los creyentes. Trata de combatir el mal escribiendo un libro que titula: *Imitación del Salvador*.

Su alma violenta no sabe contenerse dentro de los límites ni de la caridad, ni de la verdad. En las exageraciones de su celo, confunde lastimosamente los consejos con los preceptos, condena el matrimonio, que califica de manantial de corrupción, de invención diabólica.

Se le quiere hacer comprender que al sentar tales doctrinas está fuera del criterio cristiano. Taciano se irrita; enfurecido contra los que le contradicen, trata de apelar á las Escrituras, falsea el sentido de los textos, los mutila; no acepta sino lo que cree estar en favor de sus opiniones, rechazando todo lo demás como apócrifo.

Se comprenderá bien que semejante pendiente no llevaba sino al gnosticismo; y allí fue rápidamente á parar Taciano. Partiendo de un ascetismo falso, prohíbe el uso de la carne y del vino, que manchan al hombre en su naturaleza. Pero si la materia es impura no puede ser la creación de Dios. Taciano no tiene inconveniente en venir á esta consecuencia.

Escribe el *Libro de los problemas*, en que trata de explicar sus errores por las santas Escrituras.

Con su natural rigorismo echa á Adán al infierno: los que no creen lo que él predica son esclavos de la materia ó hijos de las tinieblas.

Sus secuaces fueron llamados *aquarii*, porque en la Eucaristía se servían del agua en lugar del vino, y también *continentes* ó *enkratitas*.

Parece, según asegura san Epifanio, que los *continentes* no tardaron en desmentir la severidad de sus doctrinas con la licencia de sus costumbres.

XXVII.

El Montanismo.

En épocas de calamidades públicas y de grandes escándalos, los creyentes se encuentran en una atmósfera de terror que da lugar á que el profeta que augura sucesos siniestros reune grandes probabilidades de ser creído y venerado por multitud de adeptos: el que se da el carácter de inspirado tiene ya seguro buen número de discípulos.

La época de Marco Aurelio, como hemos indicado antes, era una de las más supersticiosas por parte de los idólatras; nunca el fanatismo pagano se había llevado tan lejos, nunca se cometieron mayores atropellos hasta á pesar de las disposiciones de los poderes públicos, nunca como entonces estos poderes tuvieron que ceder más á la fuerte presión de la muchedumbre.

No es de extrañar que entre muchos cristianos dominara también cierta disposición en favor de un espíritu rigorista, que se sintieran tendencias hácia el iluminismo.

En tales circunstancias son muchos los que se figuran que no aventuran nada creyendo en los caprichos, ilusiones ó supercherías del primero que tiene el orgullo de presentarse como inspirado directamente de Dios.

(1) *Les Apolog. au II siècle.*

Entonces no ha de faltar quien prescindiera de acudir al criterio superior de la Iglesia que, si bien quiere que sometamos á la razon divina nuestra razon humana, no quiere sin embargo que esa razon, que es el reflejo de una luz superior, la abdicemos; y así como no estamos autorizados para mutilar un miembro de nuestro cuerpo, tampoco lo estamos para prescindir por completo de una facultad de nuestra alma.

De esta situacion de los espíritus en una época en que el imperio era víctima de tantos azotes, hubo de aprovecharse Montano, natural de la ciudad de Ardaban, en la Frigia.

No se distinguia ni por la profundidad de su talento, ni por el atractivo de sus palabras. No obstante, ávido de figurar en primera línea, ya que no hubiese de conseguirlo como doctor, trató de obtenerlo como profeta.

El querer presentarse como tal era por otra parte cosa muy conforme á los instintos del eunuco que nació en la patria de los sortilegios, en la region de la mágia.

Luego que se exhibe con carácter de tal, al profeta no hubieran de faltarle profetisas; así fue que se le unieron dos mujeres de distinguido nacimiento, de mucha posicion: Maximila y Priscila, las que al adherirse á Montano, ocuparon despues de él el primer lugar.

Montano producía extraordinaria alucinacion en espíritus débiles por medio de escenas que ellos llamaban de entusiasmo profético; pero que Tertuliano calificó de arrebatos de locura, cuando otros las explican como efectos de los ataques de epilepsia de que padecía el pretendido profeta.

Se disputaba acerca si era lícito ó no huir del martirio, siempre que pudiera hacerse sin renegar de la fe; Montano resolvió que evitar el martirio era un pecado de mucho gravedad. Existian discusiones acerca si un creyente podia ó no militar bajo las banderas imperiales; Montano decretaba que ningun fiel podia ser soldado. Surgieron discusiones acerca las segundas nupcias, la Iglesia las autorizó; Montano las declaró criminales y sus discípulos concluyeron por hablar del matrimonio como de una degradacion. No reinaba perfecta identidad de pareceres acerca la práctica del ayuno; Montano lo lleva á los últimos límites de la exageracion, impone tres cuaresmas y despues de ellas dos semanas de una abstinencia poco menos que insostenible. No dejaba de haber doctores rigurosos contra los pecadores arrepentidos; Montano, ante una falta leve, cierra para siempre las puertas de su Iglesia, ante una falta grave cierra para siempre las puertas del cielo.

La licenciosidad, los vergonzosos escándalos de algunas sectas gnósticas arrastraban á muchos creyentes á un extremo opuesto.

Montano, Priscila, Maximila atraian por los excesos del rigor, como muchos doctores gnósticos atraian por el exceso de la licencia.

La Iglesia sufría rudas tribulaciones, y en semejantes circunstancias, hay espíritus, por otra parte puros, que se envuelven en una region de sombras, en que todo son sueños tétricos, visiones lúgubres, y en este concepto, no habian de faltar, aun entre los fieles, quien tomara por éxtasis los ataques epilépticos de Montano, no habian de escasear imaginaciones exaltadas que aceptaran á ciegas las terroríficas profecias de aquellas mujeres. Era el hervor de un celo que se desbordaba.

Por bastante tiempo Montano y sus discípulos permanecieron confundidos con los fieles, no dándoseles otro carácter que el de estar dominados por un ascetismo exagerado.

Pero hubo de venir el rompimiento.

Excluido ya definitivamente Montano de la grey cristiana, entonces fue cuando se dió forma á su sistema.

Para oponerse á la Iglesia, establecieron su centro de unidad en Pepuza, que la llamaron Jerusalem; siendo aquella, segun ellos, la ciudad designada por san Juan, donde dentro de poco Dios habia de reunir á todos los fieles. Erigiéronse tres jerarquias para formar la Iglesia docente; á saber: obispos, cenonas y patriarcas.

El rigorismo tiene su teología particular. Siguiendo la lógica natural de las sectas rígi-

das, los montanistas hubieron de caer en el fatalismo, conforme es de ver en sus enseñanzas sobre la gracia irresistible.

Montano pretendia justificar su falsa mision diciendo que JESUCRISTO, antes de su ascension á los cielos, prometió á sus Apóstoles enviarles el Espíritu Santo, y que el *Paraclete* prometido por JESUCRISTO era el que hablaba por su boca.

Dios, segun Montano, no quiere realizar la restauracion de la especie humana de una sola vez, sino por grados. A este fin, envió primero á Moisés. Entonces dió á los israelitas leyes sencillas, que les estimuló á observar por medio de castigos ó de recompensas temporales. Era la infancia de la humanidad regenerada; por esto Dios trató entonces al género humano como se trata un niño, enseñándole el látigo si obraba mal, ofreciéndole un premio si cumplia con su deber.

Luego Dios envió profetas que educaran á los israelitas, y cuando Israel llegó ya al desarrollo de su juventud, entonces vino JESUCRISTO á revelar su verdad y su ley; pero siempre por gradacion. En este concepto JESÚS decia á menudo á sus discípulos que aun tenia que revelarles muchas cosas, pero que por entonces no eran aun capaces de comprenderlas, y á este fin, prometió enviarles el Espíritu Santo.

Los Apóstoles sus sucesores, predicando la doctrina de CRISTO, trabajaron en el desarrollo de la humanidad para que llegara á la edad viril.

Esta edad ha llegado ya, decia Montano; yo soy el escogido por el Espíritu Santo para anunciar al hombre la verdad y la moral que la Iglesia no pudo comprender ni practicar en su infancia y en su juventud; pero que puede hacerlo llegada ya á su edad madura.

En su carácter de órgano del Paraclete, Montano pretendia la supremacia en la Iglesia de CRISTO.

La intervencion de mujeres en el magisterio religioso de la secta nueva no dejaba para algunos de contribuir á darle mayor atractivo.

Priscila habia visto á JESUCRISTO apareciéndosele en forma de mujer, y en virtud de inspiracion especial fundó otra secta aparte, en la que la mujer se sobreponia al hombre, la mujer recibia el sacerdocio, la mujer ascendia al episcopado. Viéronse luego en las reuniones de los fieles ocupar el puesto mas visible á siete vírgenes que, agitando en sus manos antorchas encendidas, predicaban contra los escándalos públicos, ordenando espantosas penitencias. Jamás los oráculos de las sibilas habian llegado tan léjos; aquellas mujeres adornadas de magníficos trajes para rodear con su brillo personal su grandeza profética, aseguraban para los cristianos persecucion, sufrimientos; para todos sediciones, guerras, peste, hambre, azotes de todas clases. Su voz decia que era la del ángel de las venganzas que anunciaba el juicio final. Maximila declaraba que ella habia sucedido en su mision profética á Silas, á las hijas de san Felipe, á Amnia de Filadelfia, pero que era ya la que cerraba la cadena profética, puesto que el mundo tocaba á su término.

Para completar el aparato religioso aquella secta, que tenia ya su sede central, su doctrina, sus profetas, quiso tener tambien sus mártires. A falta de otros, pretendian revestir del carácter de tal á un cierto Themisson que, preso como cristiano, habia dado dinero para salir de la cárcel; y á otro que se llamaba Alejandro, que si fue sometido á los tribunales, lo fue, no por sus creencias, sino por apoderarse de lo ajeno.

En aquella época una palabra elocuente tenia pocas probabilidades de ser escuchada; al que seducido por su orgullo tratase de constituirse en jefe de secta, el talento, léjos de ser un beneficio, se convertia en un estorbo. Mas que á los entendimientos, era menester hablar á aquellas imaginaciones calenturientas, ávidas de cuadros terroríficos. Así se comprende el que la secta montanista, sin ningun valor doctrinal ni científico, obtuviese sin embargo, grande aceptacion. La iglesia de Thiatira, ciudad de la Lydia, una de las que contaban con mayor número de cristianos, llegó á tal extremo de perversion, que el Catolicismo desapareció de allí por espacio de ciento doce años. A haber invadido casi toda la Frigia se debe el

nombre de Catafrigas, con que se les conoció por mucho tiempo. Propagáronse por la Galacia, estableciéronse en Constantinopla, estendiéndose por las regiones africanas. Capadocia, Bizancio, Roma misma, perdieron á muchos de sus creyentes. El montanismo introdujo en las Galias una profunda perturbacion entre aquellos cristianos.

Montano terminó dándose la muerte, de acuerdo con su compañera Maximila.

XXVIII.

Marco Aurelio y Cómodo.

Si Marco Aurelio se vió agraciado con una vasta inteligencia, si supo aprovecharse de la educacion filosófica que se le proporcionó, si pudo contar entre sus amigos y consejeros á muchos de los personajes mas eminentes en saber, fue en cambio muy poco afortunado con los que hubieron de formar parte de su vida íntima, con los miembros de su familia. Los desórdenes del imperio, por muchos que fuesen, no eran ni una imágen de los que perturbaban el palacio imperial.

Asocióse en el imperio á su hermano Lucio Vero.

Era Vero por su instruccion, por sus hábitos, por sus instintos, todo lo contrario de Marco Aurelio. Este se presentaba con gravedad y modestia á la vez; en Vero todo era ostentacion. Además de vestir un traje magnífico, de adornarse como una mujer, cubriase de polvos de oro su bien cuidada barba, su majestuosa cabellera.

Al gabinete imperial, á las sesiones del Senado preferia los espectáculos y los juegos.

Marco Aurelio se enorgullecia de contar entre sus amigos á los retóricos de mayor fama, á los moralistas mas célebres, á los filósofos mas ilustres; los amigos de Vero eran sus caballos, entre los que tenia uno al que prodigaba atenciones especiales, le alimentaba de raíces secas y de dátiles y salia siempre adornado de guarniciones de oro.

La mesa de Marco Aurelio le parecia á Vero demasiado preparada á la moda estóica. Él salia de allí para irse á unos lugares en que se respiraba el olor del vino, donde bebia confundiendo con la gente de la peor especie, que le conducian despues completamente ébrio al palacio imperial.

Si Marco Aurelio filosofaba con elevacion, en cambio Vero digería con una prontitud asombrosa; lo que le permitía convertir la existencia en un festin continuo, donde podia vanagloriarse de que si su hermano tenia una buena inteligencia, contaba él con un estómago mucho mejor.

Marco Aurelio, consecuente con su benevolencia, que rayaba á menudo en culpable debilidad, léjos de reprenderle, trataba de mejorar á su compañero halagándole; así fue que le dió por esposa á una hija suya.

Creyó Marco Aurelio que una de las maneras de distraer á Vero de sus vergonzosos ócios era mandarle á la guerra, á fin de que allí, con las privaciones propias del campamento, cambiara sus costumbres, esperando poder sustituir en él á la embriaguez del vino la embriaguez de la gloria.

Vologeso, rey de los Partos, acababa de aniquilar un ejército de romanos; el Emperador destinó á su colega para que se colocara al frente de las tropas que se enviaron á Oriente.

Vero aceptó con gusto semejante comision, no para cambiar al emperador disoluto en general valiente, sino para salir de Roma, seguro de poder dar rienda suelta á sus vicios léjos de la tutela de Marco Aurelio.

Vero navegaba al son de la música, y al llegar á ciudades como Capua donde pudiera entregarse á la licencia de costumbres, nadie habia capaz de arrancarle de allí.

Al fin llegó á Siria. Allí estableció su cuartel en la voluptosa Dafne, sus compañeros fueron los histriones y los mímicos, sus planes de batalla se convertían en programas de mesa, la tienda del soldado le inspiraba horror, al capricho de una cortesana sacrificó la barba del filósofo y del guerrero, y á duras penas pudo recabarse de él que se presentase dos veces á las márgenes del Eufrates donde combatían las legiones.

Esto no impedía que escribiese á Fronton describiéndole su vida agitada, sus largas vigili-
as, sus inquietudes durante la lucha; á lo que Fronton contestaba diciendo que Vero era el mejor general y el mejor filósofo del mundo.

Fortuna fue para Roma el que hubiese en Siria otros generales. Avidio Casio se aprovechó de la inacción de Vero. Reformó el ejército, restableció la disciplina, logró que de las tropas desaparecieran los hábitos de molición; pero echando mano de recursos de rigor que rayaban en crueldad, acudiendo á los azotes y á la hoguera. A un oficial que venció sin su orden, le hizo clavar en cruz.

Stacio Prisco tomó Artaxata, capital de la Armenia; Avidio Casio puso en fuga al rey de los Partos, Vologeso; se apoderó de Ctésifon, su capital, arrasó su palacio. Las legiones llegaron hasta Babilonia, hasta la Media, y la Mesopotamia pasó á ser provincia del imperio.

Cuando Vero, á consecuencia de unas victorias en las que él no tuvo la menor parte, se vió árbitro de los destinos del Asia llegando á dar reyes á los pueblos de Oriente, tuvo también su sueño de ambición. Pensó en separar en el imperio el Oriente del Occidente. Él reinando solo en Oriente, con Antioquía por capital, con Dafne por su residencia de verano, con Laodicea, para ir á gozar en invierno, con todas las magnificencias orientales para su palacio: hé aquí lo que constituía su ideal.

Hasta para entrar en Roma en su carro de conquistador hubieron de hacerse grandes esfuerzos antes de arrancarle á las delicias de Dafne.

Volvió á Roma mas disoluto que nunca, llevando consigo un cortejo de histriones, de mímicos, de bufones, de tañedores de flauta. En Antioquía adquirió una pasión mas, la del juego. Viósele entonces por la noche andar por las tiendas de bebidas, mezclarse con la hez de aquella sociedad, armando pendencias de las que no siempre salía bien librado.

A veces daba festines de una esplendidez en que escedía todas las prodigalidades de Oriente. En un convite gastó seis millones de sextercios (1.400,000 pesetas), y al concluirse el banquete distribuyó entre sus comensales las coronas tejidas de flores fuera de estación entrelazadas con cintas de oro, las copas de oro en que habían bebido, los jarros de oro con que se derramaban los perfumes, los esclavos que sirvieron á la mesa y las caballerías que habían conducido á los convidados y sus equipajes.

Cuando la guerra se inició en el Danubio con todo su aparato de terror, cuando los marcomanos, los cuados, los sármatas sobrecogidos de una especie de furor se derramaban á la otra parte de las provincias, penetrando hasta Aquilea al grito de: «¡Tierras! ¡Queremos tierras!» Marco Aurelio creyó que debía atajar aquella rebelión imponente. No deseaba que Vero fuese allí á representar el papel poco glorioso que ejecutó en la Siria; tampoco era posible dejar al frente de Roma al degradado príncipe que desdeñaba la gestión de los negocios públicos para ir á gritar como un energúmeno en los espectáculos del Circo, provocando y haciéndose insultar por uno de los bandos en que solía dividirse el público en semejantes funciones.

Marco Aurelio anuncia al Senado que va á partir para la guerra, pero llevándose consigo á Vero.

Al llegar á Aquilea, Vero echó á menos las delicias de Roma, y trató de volverse; pero á instancia de Marco Aurelio se decidió á seguir adelante.

Apenas se hubo llegado á una paz que no era mas que una tregua, cuando Vero se manifiesta ya impaciente de volver á Roma donde, además de las felicitaciones del Senado, le aguardaban sus amigos de orgía.

Iban los dos emperadores en un mismo carruaje cuando le sorprendió á Vero un ataque de

apoplejía. Tres días despues murió con una muerte adecuada á las licenciosidades de su vida.

No fue mas afortunado Marco Aurelio con su esposa Faustina. Hija del mas piadoso y esposa del mas sábio de los emperadores paganos, Faustina era una mujer arrogante, dotada de singular hermosura; pero sin mas educacion que la poca que pudo recibir de los sacerdotes del viejo culto gentilico.

Mientras Marco Aurelio atraia á su palacio á los filósofos, Faustina franqueaba sus puertas, primero á algunos jóvenes patricios, y mas adelante á los histriones, á los gladiadores y á los marineros de Gaeta.

Ya no son solo consulares y senadores los que ella cuenta en el número de sus amantes, son hasta mímicos, para quienes obtiene de la debilidad de su esposo gracias particulares que no hacen mas que aumentar el escándalo.

Marco Aurelio tiene que soportar que los desórdenes de Faustina se saquen á relucir en el teatro mismo, en la propia presencia del Emperador y en medio de las estrepitosas carcajadas de los espectadores.

A los que le suplican al Emperador que, para honra de su posicion, limpie su palacio, despidiendo á la mujer que es causa de tan repugnantes escenas, él responde:

—«Si despido á mi mujer, será necesario que le devuelva el dote.»

El dote á que se referia era el imperio.

La culpable tolerancia de Marco Aurelio era un peligro para el mismo Emperador, ya que algunas de las conspiraciones contra su persona se fraguaron en su propia casa.

El sueño de Vero de crearse un imperio en Oriente alucinó tambien al general de las legiones, Casio.

No era cosa nueva erigir un emperador en los campos de batalla.

Marco Aurelio pudo tener la popularidad de la corte; pero no tenia la del cuartel. Marco Aurelio en el campo de batalla, á pesar de toda su buena voluntad, el guerrero desaparecia ante el filósofo; en vez del ardor del general guardaba siempre la frialdad del estóico, y si bien no faltaba á su puesto, al colocarse en primera fila era siempre en cumplimiento de su deber; nunca impelido por el entusiasmo bélico. No alucinaba como Alejandro; no seducia como César. En el campo de batalla hablaba como en una cátedra, y mientras los soldados necesitaban arengas ardientes, llenas de fuego, él no sabia hacer allí sino peroraciones filosóficas ante las que las tropas se quedaban heladas. En el campo de batalla el arranque de un general en hora oportuna produce en las tropas una especie de embriaguez; los ejércitos son elementos llenos de electricidad; falta escitarla, y esto ha de ser la obra del jefe: Marco Aurelio no servia para tal cosa. Era un sábio que al empuñar una espada no podia disimular que estaria mejor hojeando un libro.

Despues de una gran victoria, las legiones pedian un acto de liberalidad extraordinaria. Marco Aurelio, olvidándose de que era un general, contestaba como un moralista:

—«No lo obtendreis: no podria pagaros la victoria sino á costa de vuestro padres y de vuestros hermanos.»

Eran palabras dignas de un grande hombre, pero no de un buen general. El ejército no comprendia sus arengas hechas en estilo académico.

En cierta ocasion, despues de pronunciar en el campamento un discurso en el que brillaba el aticismo clásico, Baseo, el prefecto del Pretorio, le dijo ingénuamente:

—«Como los soldados no saben el griego, no te han entendido.»

Casio, prevaliéndose de su prestigio sobre las legiones de Oriente, trató de sublevarlas en su favor, hallándose en inteligencia con Faustina, que queria asegurarse el título de *Augusta* casándose con el emperador rebelde, pues suponía que su esposo Marco Aurelio, que se hallaba enfermizo, habia de morir pronto.

¿La cooperacion de Faustina llegó hasta el punto de comprometerse á envenenar á su esposo? No faltan historiadores que la suponen criminal hasta este extremo.

Ello es que Casio, al sublevar las tropas en su favor, alegó por razón, que el Emperador había muerto en la Pannonia.

Las legiones de Siria se apresuraron á adornar con la púrpura imperial á Casio; muchos reyes, vasallos ó aliados de Roma se unieron á la escolta del nuevo Emperador; y Flavio Calvicio, prefecto de Egipto, le entregó su provincia.

La noticia no cogió de sorpresa ni á Marco Aurelio ni al Senado.

Desde mucho tiempo Casio no se contentaba con su papel de general. A nadie ocultaba sus pretensiones á la política. Para él las antiguas leyes, las antiguas instituciones, las antiguas costumbres constituían la grandeza, la prosperidad de Roma; todo lo nuevo era detestable; lo único que había que hacer era restaurar la antigua república, continuar la obra iniciada por Bruto y Casio.

Marco Aurelio para él era un hombre bueno para disertar, pero inepto para gobernar.

Casio exclamaba á fin de captarse popularidad:

—«¿En dónde está hoy el antiguo Casio cuyo nombre llevo inútilmente? ¿En dónde está hoy Caton el Censor? ¿Qué se ha hecho de las virtudes de nuestros mayores? Mientras Marco Aurelio hace oficio de filósofo y anda disertando sobre los bienes y sobre los males, el hecho es que el bien es ahogado por el mal en el imperio. Se alaba su clemencia porque concede la vida á hombres cuyo proceder condena. ¡Ah! Se necesitan hoy muchos edictos y muchas espadas para volver al Estado su antiguo modo de ser, su perdida gloria.»

Se le advirtió á Marco Aurelio el peligro que corría si Casio continuaba al frente de las tropas.

—«Si los dioses no ordenan que Roma sea para Casio, contestaba el Emperador, en sus planes ambiciosos encontrará su ruina. Si él merece el imperio mas que yo y mis hijos, perezcamos todos. El interés del Estado es lo primero.»

A esta nobleza de sentimientos del Emperador, Casio contestaba:

—«Cuando habré librado al mundo de este dialoguista me habré elevado á la altura del gran Catilina.»

Al recibir la nueva de la rebelion, Marco Aurelio sin inmutarse escribió á Faustina:

—«Venid á Albano, á fin de que con la ayuda de los dioses, deliberemos sin temor acerca el partido que nos conviene tomar.»

Marco Aurelio congrega á las legiones, y las arenga diciendo:

—«Si Casio lo hubiese querido, yo habria constituido al Senado, al pueblo y á vosotros en jueces de nuestras disidencias. El inicia la lucha; con el favor de los dioses, marchemos contra él; demostrémosle su ingratitud para con nosotros, y cuando le hayamos vencido, perdonémosle.»

La tentativa de Casio mereció en Occidente la reprobacion general. Herodes Ático, el ilustre retórico, envió al general rebelde esta concisa carta:

«HERODES Á CASIO. — *Tú estás loco.*»

Al saberse en Siria que el Emperador no había muerto, entró la confusion en las legiones.

El centurion Antonio, pasando montado á caballo junto al jefe de la rebelion, le hirió con su espada y huyó á galope.

Casio, que vivía aun, fue muerto por uno de sus oficiales.

Por toda misiva se envió á Marco Aurelio la cabeza de su rival.

Marco Aurelio, que no se entristeció al saber la noticia de la rebelion, tampoco manifestó alegría al verla terminada. Limitóse á decir:

—«Nuestro modo de obrar y el respeto que profesamos á los dioses nos garantizaba la victoria.»

Cuando le preguntaban

—«Pero ¿y si hubiese vencido?»

—«¿ Si hubiese vencido? respondia el Emperador... No ¡creo haber obrado tan injustamente ni servido tan mal á los dioses que Casio pudiera jamás vencerme.

Entonces recordando uno por uno los príncipes que perecieron de muerte violenta exclamaba:

—«El asesinato de Neron fue justo; el de Calígula necesario; Othon y Vitelio cuidaban muy poco del país; Galba tenia un gran vicio para ser emperador, era avaro. Por el contrario, ni Augusto, ni Trajano, ni Adriano, ni Antonino, fueron vencidos jamás por las insurrecciones, por muy frecuentes que ellas fuesen. Los que perecieron, hasta á pesar de sus mismos príncipes, fueron los rebeldes.»

Cuando se le presentaron los que le habian traído la cabeza de su competidor, se negó á recibirles.

Mandó que Casio fuese sepultado con las debidas honras, y escribió á los senadores en favor de los cómplices, diciéndoles:

—«Yo os conjuro, padres conscriptos, á que respecto á piedad y clemencia, respeteis la mia y useis de la vuestra. Que el Senado no condene á muerte á nadie; que no perezca ningun hombre ilustre. Llamemos á los deportados, devolvamos á los proscritos sus bienes ¡Ojalá que pudiera yo decir: Saquemos los muertos de sus sepulturas!... Ansiemos una gloria; la de poder decir que en esta rebelion contra el imperio no ha muerto mas que un hombre, y aun este á manos de un asesino.»

Esta carta fue recibida con una inmensa explosion de entusiasmo.

—¡Que los dioses guarden al piadoso Marco Aurelio! gritaban unos.

—¡Que los dioses le guarden! ¡Que los dioses le guarden! repetian otros.

—Hagamos nosotros, le contestaron, lo que constituye nuestro deber, ya que tú has obrado conforme á tu derecho.

Marcio Vero, que sucedió á Casio en el mando de las legiones, al apoderarse de los documentos de la conspiracion los quemó.

—«Ahora el Emperador, dijo, que me sentencie á muerte: vale mas que muera un hombre que mil.»

Marcio Vero sabia bien que el Emperador no le sentenciaria á muerte cuando él echaba al fuego, sin leerlos, otros papeles donde parece constaba la complicidad de Faustina.

Faustina, fuese por temor á que se descubriera su crimen ó por otra razon escitaba á su esposo á castigar severamente á la familia de Casio.

—«Estoy resuelto á perdonar á la esposa de Casio, á su yerno, á sus hijos. Si se hubiese seguido mi parecer, Casio aun viviria.

Escribiendo sobre este asunto al Senado le dijo:

«Hareis, gracia á los hijos, al yerno, á la viuda de Casio. He dicho mal *hareis gracia*. No necesitan gracia los que no han cometido ningun crimen. Que vivan pues, y que vivan de su patrimonio, que sean libres, que sean ricos; que sean donde quiera que vayan una prueba viviente de nuestra piedad.»

Recorriendo el Asia con su marido, Faustina murió quizás de vergüenza al visitar los lugares que le recordaban su perfidia.

Se le acusaba además de haber envenenado á Casio, con quien, segun parece, sostuvo tambien relaciones culpables.

Marco Aurelio hizo su elogio fúnebre, proclamó su apoteosis, erigió á su memoria un magnífico templo.

La gran desgracia, no solo para Marco Aurelio, sino para Roma en general, fue el tener un hijo como Cómodo.

Los menos maliciosos suponian que Cómodo era el fruto de un incesto; los mas atribuian su nacimiento á la aficion que la emperatriz sentia en favor de los histriones y de los mimos.

La leyenda se apoderó del nacimiento de Cómodo para explicarlo de esta manera misteriosa que tan bien se adaptaba á la imaginacion popular:

Faustina, ciegameamente prendada de un gladiador, al querer resistir al impulso de su vergonzosa pasion, consultó á su adivino. Aconsejada de este, por un acto de salvajismo que no tiene precedentes ni aun en las costumbres romanas, hizo asesinar al gladiador é inocularse su sangre. De esta suerte su hijo, legítimo por otra parte, heredó los vicios y los instintos de aquel hombre.

Bien pudiera ser que muchas de las acusaciones que contra Faustina se formulan no tuviesen mas fundamento que el de suponer que un hijo como Cómodo no podia tener un padre como Marco Aurelio.

En Roma la sucesion directa era una fatalidad. Se decia que el monte Palatino constituia la peor escuela para formar un emperador, pues la atmósfera que allí se respiraba era bien poco á propósito para que allí se desarrollase su espíritu. Los príncipes que engrandecieron á Roma fueron los que se educaron léjos del palacio.

El pueblo auguró mal de Cómodo ya desde su nacimiento: vió la primera luz el mismo dia del año en que nació Calígula.

Cuéntase que durante su embarazo, Faustina soñó que llevaba en su seno dos serpientes, de las que la una habia de ser muy feroz; esta fue Cómodo, pues su hermano gemelo murió á los cuatro años.

Aunque el Emperador proveyó á la educacion moral y fisica de su hijo, lo que en este era aficion para los gladiadores, era desden hácia los filósofos.

A los doce años hizo ya ostentacion de sus crueles instintos, condenando al fuego á un esclavo cuyo único crimen era el de haberle preparado un baño con agua mas fria de lo que á Cómodo le gustaba.

Cómodo era un muchacho de bien formada y robusta musculatura, de maciza carne, de cara redonda, en la que resaltaban unos gruesos ojos que salian de sus órbitas, dotado de lengua y rizada cabellera, cuyo brillo natural era tan pronunciado que á los rayos del sol parecia saturada de polvos de oro; era, en fin, uno de aquellos tipos en que se revelan á la vez pasiones sensuales muy fuertes, instintos arrebatados, pero un talento completamente nulo.

Fue sin duda un castigo providencial el que sobre la altiva Roma apareciesen tipos de tal naturaleza. Calígula, Oton, Domiciano, el primer Vero en tiempo de Adriano, el segundo Vero al lado de Marco Aurelio, Cómodo, en fin; siempre Neron con su misma crueldad, con su misma estupidez, con sus mismas torpezas, con sus mismas locuras; igual fisonomía, idéntico carácter; siempre la sombra de Neron reflejándose sobre Roma como una amenaza terrible de la justicia providencial que al fin habia de dejarse sentir sobre aquellas sociedades.

Cómodo era jugador, bufón, gladiador, bailarín, cómico; todo menos soldado y hombre de gobierno. Sus costumbres fueron la licencia mas escandalosa; el palacio de Marco Aurelio el filósofo, veíase convertido en casa de bebida y de juego. Cambiaba la púrpura por la librea del cochero, frecuentaba los focos de obscenidad, complacíase en hundirse en el lodo.

Marco Aurelio lamentaba todo esto; pero no lo corregia. Trató una vez de alejarle de sus compañeros de orgía, asociándole á personas honradas. Cómodo lloró, se desesperó, fingióse enfermo; su padre comete la torpeza de dejar á Cómodo que obre como mejor le plazca.

Trata de corregir aquella naturaleza viciada asociándole á los altos cargos del imperio; á quince años le asocia al título de César, de Augusto, al poder imperial. Cuanto mas poder tiene mas se deshonra.

XXIX.

Debilidades de Marco Aurelio en el último período de su vida.

Lo que llevamos dicho es suficiente para que pueda apreciarse el carácter de Marco Aurelio y se comprenda por que figura él, á pesar de sus prendas morales, en el número de los perseguidores.

Marco Aurelio no obstante su saber y su generosidad de instintos, fue un mal emperador.

Desentendiase del peso del gobierno para honrar á sus delegados con una confianza absoluta, que él creia ser estímulo para el bien y motivo para que, teniendo conciencia de su responsabilidad, procuraran realizar la justicia. Poco astuto, nada malicioso, solia ser bastante desgraciado en la eleccion de sus representantes, á quienes juzgaba por mera apariencia y partiendo siempre de su benignidad natural.

Marco Aurelio, que apenas podia saber lo que pasaba en la capital, ignoraba completamente lo que sucedia en las provincias, donde mas de un legado imperial se entregaba al pillaje, á la satisfaccion de sus pasiones personales.

Aquella administracion era el caos mas completo. Marco Aurelio, apasionado por lo ideal, viviendo en un mundo de abstracciones, fue poco aficionado á los detalles de la vida política.

Acidio Casio escribia : «Ejercen el cargo de procónsules y gobernadores ciudadanos que creen que si se les confia tales puestos es para que se entreguen á la disipacion y puedan acumular grandes riquezas. ¿Quién no conoce al prefecto del pretorio de nuestro Emperador filósofo? Tres dias antes de su nombramiento era un mendigo, y sin embargo hoy es un rico. ¿Cómo se improvisan semejantes fortunas? Esquilmando las provincias y el Estado.»

Acidio Casio era un rival del Emperador: podrá haber en sus acusaciones algo de pasion; pero es indudable que encierran un fondo de verdad.

Los agentes del imperio prescindian de las leyes para convertirse en pequeños tiranos.

Marco Aurelio en su modo de obrar fue harto fatalista, y en este concepto, bastante aficionado á dejar las cosas como estaban.

Se comprenderá que en el último período de su imperio estalle furiosa la persecucion, á pesar de las buenas disposiciones manifestadas por el Emperador.

Enfermizo desde su infancia, anciano antes de tiempo, débil siempre, no es de estrañar que su debilidad fuese mayor en el último período de su existencia, al verse solo, sin los amigos de sus primeros años, y con un hijo como Cómodo, cuyos perversos instintos no podian disimularle la piedad paternal.

Cuando jóven, no obró por debilidad; cuando viejo no obró por impotencia. Se comprenderá, pues, que su imperio se deshonorara en las escenas que vamos á describir y que tenian lugar, no ya sin la órden, pero hasta sin el conocimiento del Emperador.

Y lo particular es que en esta época hubo víctimas á las puertas mismas del palacio de los césares. Debemos suponer, no obstante, que cuando Tucio Almaquio renovó la persecucion, el Emperador estaba ausente.

XXX.

Persecucion contra santa Cecilia y sus parientes en Roma (1).

Acusados los cristianos de mágia, de asistir á reuniones prohibidas, de rebelion contra la persona del Emperador, muy poco habian de servirles todos los edictos en que se ordenaba la tolerancia. Mientras el hacha del verdugo no hacia caer sino cabezas de esclavos ó de pobres, Turcio Almaquio no habia de encontrar dificultad en desprenderse de aquellas pobres gentes, en favor de las cuales nadie reclamaba.

La cosa adquirió mayor gravedad cuando se le denunciaron como cristianos una matrona y dos patricios, jóvenes todos, todos ricos, todos gozando de los privilegios de nombre ilustre.

Cecilia habia tenido por maestro en la fe al celoso Urbano, que ejercia su jurisdiccion episcopal en el punto donde radicaba el patrimonio de la casa de la jóven, cerca de la Via Apia.

Concebía á Dios de una manera tan sublime, con las lecciones de Urbano se formó de la divinidad una idea tan grande y tan bella, que le ofreció desde niña lo que en ella podia haber de mas precioso, su virginidad.

Aquella niña que era toda espíritu, trabajaba en espiritualizar mas su cuerpo por medio de la mortificacion (2); exhalábase su piadosa alma en gemidos de ferviente súplica (3); de sus candorosos labios emanaban celestiales armonías que acompañaba con la nota de un instrumento músico, pidiendo á su Dios que le conservara inmaculado su cuerpo y su corazon (4), y era tan afectuoso el amor con que amaba á JESUCRISTO que, viendo en los Evangelios un recuerdo del celestial Esposo, los escondia en su pecho, persuadida de que el seno de una virgen, santuario del pudor, era el mejor sagrario, como dice el P. Ráulica, para custodiar el libro celestial depositario de los pensamientos de fe y de caridad del Verbo divino (5).

En las expansiones de su ardiente corazon exclamaba: ¡ Señor! Cecilia, tu esclava, te sirve con la asiduidad con que la abeja elabora la miel (6).

Cuanto bueno ella obraba lo atribuía á JESUCRISTO. JESÚS, Señor,—exclamaba, inspirada de la castidad,—recibe los frutos cuyas semillas tú en mí sembraste (7).

Sus padres resolvieron unirla al vástago de otra familia ilustre, dándole por esposo al jóven Valeriano, que, aunque educado en el paganismo, gozaba de un buen corazon.

Cecilia aceptó, segura de que este enlace le daria, no un esposo para ella, sino un creyente para la fe.

Antes de unirse á él, obtuvo la promesa de que respetaria el voto de castidad que tenia hecho á su Dios

Por mucha que fuera la belleza de Cecilia, Valeriano supo ver en la jóven algo mas bello, que era su alma, se enamoró de aquella fe tan robusta, de aquella caridad tan ardiente, de aquel celo tan puro, y mas que á ser su marido aspiró á ser su discípulo.

Valeriano estaba impaciente por que un ministro del Señor le instruyese en la fe y le recibiera en el seno de la Iglesia. Los sacerdotes cristianos en aquel tiempo en que arreciaba la persecucion estaban ocultos; pero no tanto que los fieles no supiesen donde encontrarles.

Cecilia dice á Valeriano:

(1) Aunque algunos historiadores colocan el martirio de Santa Cecilia en la época de Alejandro Severo, las razones que dan críticos eminentes, entre ellos Rossi, nos parecen tan poderosas, que no vacilamos en aceptar la opinion de que fue mártir en tiempo de Marco Aurelio y Cómodo.

(2) *Cilicio membra domabat.* B. R.

(3) *Deum genitibus exorabat.* Ibid.

(4) *Cantantibus organis, virgo in corde suo decantabat dicens: Fiat, Domine, cor meum et corpus meum immaculatum ut non confundar.* Ibid.

(5) *Semper Evangelium Christi gerebat in pectore.* Ibid.

(6) *Cecilia, famula tua, Domine, quasi apes tibi argumentosa deservit.* Ibid.

(7) *Domine Jesu, seminator casti concilii, suscipe seminum fructus quos in Cæcilia seminasti.* Ibid.

—«Vé á la Via Apia; hácia la tercera milla encontrarás pobres que piden limosna á los transeuntes. Como yo cuido siempre de ellos, conocen muy bien mi secreto. Cuando les hayas encontrado, dales la paz y díles: me envia Cecilia, á fin de que me conduzcáis á donde está el santo viejo Urbano, para quien me ha confiado una mision secreta (1).»

¿Qué clase de mendigos eran estos en quienes Cecilia manifestaba tal confianza?

Junto al cementerio subterráneo que se llama de Calixto por ser este pontífice el que proveyó á su ensanche, se encontraba otro sitio, subterráneo tambien, de forma semicircular, único al que se daba en un principio el nombre de *Catacumbas*, *lugar cerca de las tumbas*, ó *lugar profundo*, nombre que se estendió mas tarde á todos los cementerios de los mártires. Era la iglesia de los cristianos en el tiempo de la persecucion; era la primera residencia de los papas; era el primer palacio de los obispos que en representacion del sumo Pontífice atendian á las necesidades de la cristiandad en las cercanías de Roma. Abrian la entrada unas minas de arena, *arenaria*, desde las que se descendia por unos escalones bastante rápidos hasta uno, dos y tres pisos de profundidad. Lo primero que se encontraba era unos pasadizos, formados por largas y estrechas galerías, cruzadas por otras y estas por otras, formando un intrincado laberinto de calles.

Las obras de estos sitios subterráneos eran construidas por una hermandad de obreros cristianos llamados *Fossores*.

El tener este sitio de reunion de los fieles acceso por la Via Apia, evitaba el que al ir allí los fieles pudiesen ser observados, atendida la numerosa concurrencia que constantemente llenaba aquel espléndido sitio. La Via Apia, dice Ciceron, era la reina de las vias, una inmensa cinta de piedras que, salvando villas y colinas y montañas se estendia desde la puerta Capena hasta las murallas de Brindis en una distancia de cerca seiscientos kilómetros (2). Aquel era el lugar de cita de la elegancia romana, allí los personajes opulentos paseaban en ricas carrozas de marfil y de oro; allí los generales de Roma y sus emperadores recibian la ovacion de las muchedumbres al volver de sus conquistas; allí en fin, la misma muerte queria ostentar una fingida grandeza en magníficos sepulcros donde, al través de la esplendidez de brillantes mármoles que se alzaban entre bosques de flores, se escondia la miseria del mortal que ha franqueado los dinteles de la tumba. De esta suerte los que se dirigian á las Catacumbas podian confundirse con la multitud de paseantes de la Via Apia, con los que la recorrian atraídos por la curiosidad, con los que un sentimiento de piedad les llevaba á visitar alguno de los numerosos sepulcros que ostentaban su suntuosidad á una y á otra parte de la Via.

En las avenidas de las Catacumbas hallábanse situados algunos cristianos que, con el carácter de mendigos, eran los centinelas de aquel lugar augusto, teniendo sus instrucciones, su correspondiente consigna, y estando encargados además de guiar á los que trajesen la necesaria contraseña.

Colocados estos mendigos de trecho en trecho, les era fácil á una señal dada avisar el peligro que los cristianos pudiesen correr.

Allí, pues, atendiendo á las instrucciones de Cecilia se encaminó Valeriano, en aquel anfiteatro rodeado de largos corredores que se convertian en cementerios: bajo de aquellas bóvedas donde no penetraba la luz del sol, alumbradas por toscas lámparas, recibió el bautismo por el ministerio del venerable san Urbano.

El nuevo convertido á su vez conduce á la fe cristiana á su hermano Tiburcio, y cuando el santo Obispo hubo derramado ya sobre la cabeza de este el agua de la regeneracion, Cecilia

(1) *Vade in tertium milliarium ab Urbe Via, quæ Appia nuncupatur: illic invenies pauperes à transeuntibus alimoniam petentes auxilium. De his enim mihi semper cura fuit, et optime hujus mei secreti sunt consci. Hos tu dum videris dabis eis benedictionem, dicens: Cecilia, misit me ad Vos, ut ostendatis mihi sanctum senem Urbanum, quoniam ad ipsum habeo ejus secreta mandata que perferam. (Acta S. Cæcilie).*

(2) Roma, por S. Catalina.

en un transporte de entusiasmo exclamó:—«Hoy, Tiburcio, te proclamo mi pariente, ya que el amor de Dios te ha hecho despreciar los ídolos (1).»

Su fe de creyentes no hubiera bastado á comprometerles; les comprometió su celo de apóstoles. Los que hasta entonces habian tenido á gran gloria el carácter de patricios, tuvieron á mayor gloria su calidad de cristianos. Su posicion, su riqueza les ponía en el caso de estar al frente de todas las obras de caridad; ni Cecilia, ni Valeriano, ni Tiburcio, faltaban á su puesto, que en vez de ser de honor, solo lo era de peligro. Alentaban á los perseguidos; recogian los restos de los que morian víctimas del fanatismo pagano.

Almaquio lo sabia todo; pero ¿qué hacer? Una sentencia proferida contra personas tan ilustres habia de producir una conmocion mayor á la que él deseaba.

No pudo, por fin, resistir á la presion de continuadas denuncias, sobre todo cuando Valeriano y Tiburcio le fueron presentados, confesos del delito de dar sepultura á los mártires.

Almaquio les interroga, les recuerda las glorias del nombre que llevan, la posicion de sus familias, el papel que representan en el imperio, les amonesta á que sigan las tradiciones de sus antepasados; les dice que el rango que ocupan en el imperio les fuerza á ser mas adictos á sus leyes. Ellos contestan que cuando las leyes de los hombres son contrarias á las de Dios, están por estas últimas.

—Pero ¿qué Dios es este al cual tributais homenaje? preguntó Almaquio.

—Estraña es la pregunta, contesta Valeriano; ¿por qué quieres que te digamos qué Dios es el nuestro cuando no hay mas que uno?

—Al menos decidme el nombre de ese Dios único á quien adorais.

—El nombre de Dios ni nosotros, ni mortal alguno puede saberlo. Por lo mismo que es Dios es incomprendible.

—Declarad entonces que su nombre no es Júpiter.

—Si vuestros poetas nos le pintan á ese Júpiter lleno de pasiones de hombre, ¿cómo quereis que le tengamos por Dios? Vuestro Júpiter es la personificacion de todas las pasiones, cuando Dios ha de ser el conjunto de todas las virtudes.

—Con que quereis decir que todo el género humano está en el error y vosotros únicamente poseeis la verdad.

—Te engañas, Almaquio, si crees que el género humano está contigo y que nosotros estamos solos. Hoy son muchos en el imperio que creen en JESUCRISTO. El buque de vuestra supersticion podemos decir que se ha estrellado ya: vosotros no sois mas que tablas flotantes.

XXXI.

Reaccion en favor de los cristianos.—Valeriano y Tiburcio son conducidos al suplicio.

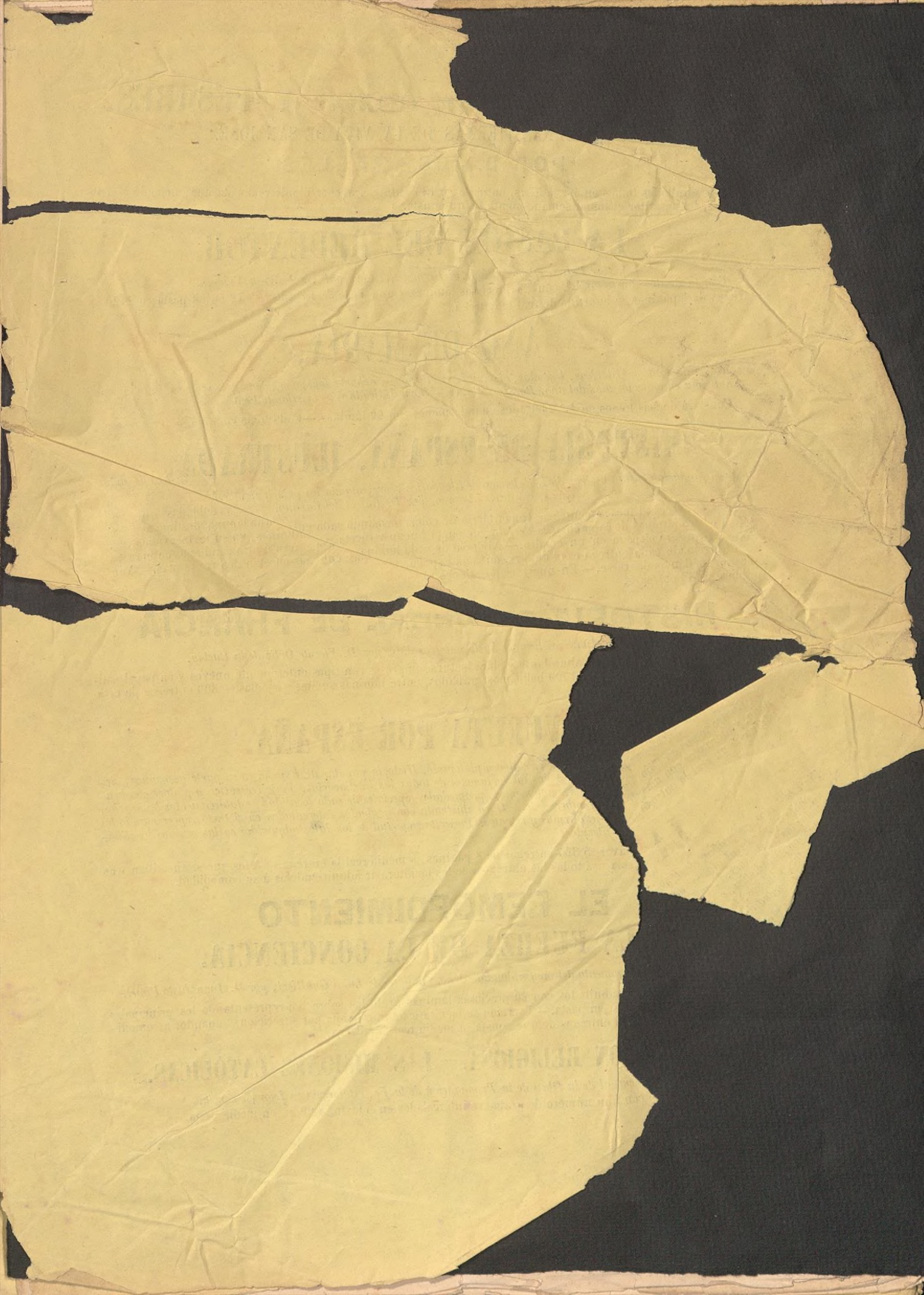
Máximo, á quien se encarga que les acompañe al sitio de la ejecucion, que debió tener lugar fuera de Roma, ante un templo de Júpiter, al ver el valor de aquellos dos hombres no pudo menos de sentirse poseido de un sentimiento de admiracion que se convirtió muy pronto en simpatía en favor de su fe.

El que se destinaba como á verdugo se ofreció como víctima.

Los mismos soldados á quienes se encargó la custodia de los que iban á morir, no acertaron á resistir á la impresion que les producía aquella escena de heroismo, y no hubo mas recurso que relevarlos.

Almaquio hace como que no se acuerda de Cecilia. Teme los efectos de la ejecucion de una dama de tan distinguidas cualidades.

(1) *Hodie te fateor meum cognatum; quia amor Dei te fecit contemptorem idolorum. Ibid.*



DE GOZUS Y PESARES, OBRAS TIERNAS DE LA VIDA DE SAN JOSÉ. POR D. JOSÉ PALLÉS.

dos abultados tomos en 4.º, á 57 rs. en pasta; ó 186 entregas á cuartillo de real cada una, dejando á la voluntad del suscriptor el tomar semanalmente las que guste.

LA PASION DEL REDENTOR.

por José Pallés. Obra dedicada al Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Valencia.

Consta de dos tomos en 4.º, con 24 preciosas láminas y una *Vista de Jerusalem*, á 72 rs. en pasta; ó 242 entregas de 8 páginas, á cuartillo de real la entrega.

AÑO DE MARIA,

ó coleccion de noticias históricas, leyendas, ejemplos, meditaciones, exhortaciones y oraciones para honrar á la Virgen santísima en todos los dias del año. Por José Pallés.—Obra dedicada á la cristiandad entera.

Constará de seis tomos en 4.º ilustrados cuando menos con 60 láminas.—Cada tomo comprende dos meses.

HISTORIA DE ESPAÑA, ILUSTRADA,

desde su fundacion hasta nuestros dias. Coleccion de litografias representando los principales hechos históricos de cada época, con texto al dorso, por D. Rafael del Castillo.

Sale dos veces al mes, en entregas con cubierta de color, formando cada entrega una lámina destinada, si se quiere, para ser colocada en un cuadro.—Al dorso de cada lámina, y á cada entrega, va su texto explicativo.

El precio de cada entrega es el de 5 rs. en toda España, y á cada entrega cuestan dos reales mas.—Van publicadas 82 entregas.

HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

por D. Vicente Ortiz de la Puebla.

Cuatro tomos en folio, de abundante y clara lectura, impresos con tipos enteramente nuevos y en papel satinado, y adornados con mas de 1000 bellisimos grabados, entre láminas sueltas y viñetas, ó 300 entregas de ocho páginas á un real la entrega.

LA VUELTA POR ESPAÑA.

Viaje histórico, geográfico, científico, recreativo y pintoresco. Historia popular de España en su parte geográfica, civil y política, puesta al alcance de todas las fortunas y de todas las inteligencias. Viaje recreativo y pintoresco abarcando: las tradiciones, leyendas, monumentos, propiedades especiales de cada localidad, establecimientos balnearios, produccion, estadística, costumbres, etc.—Obra ilustrada con grabados intercalados en el texto representando los monumentos, edificios, trajes, armas y retratos. Y escrita en virtud de los datos adquiridos en las mismas localidades por una sociedad de literatos.

4.º mayor, ó 364 entregas de 8 páginas, á medio real la entrega.—A los que se suscriban y no sola vez todas las entregas, se les facilitará ir adquiriéndolas á su comodidad.

EL REMORDIMIENTO

LA FUERZA DE LA CONCIENCIA.

argumento del muy aplaudido drama italiano de Luigi Gualtieri, por D. Juan Justo Uguet.

abultados con 20 preciosas láminas grabadas sobre boj representando los principales episodios. en pasta.—Tambien se facilita ir adquiriéndola por suscripcion, tomando, á comodidad, las entregas de que consta, á medio real la entrega.

CONFERENCIA RELIGIOSA.—LAS MISIONES CATÓLICAS.

semanal de la Obra de la Propagacion de la Fe, establecida en Lyon, Francia.
con gran número de grabados intercalados en el texto, á 60 rs. en media pasta.